

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, ejus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confi-
met.—Elo IX al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los
comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90
reales trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, Pelayo, 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias:
En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55,
rue Taitbout.—Mantilla: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

SUSCRICION

PARA LOS CARLISTAS PERSEGUIDOS.

SUMA ANTERIOR. 54,794-46

M. Herrera de Tejada, por el triunfo del rey D. Carlos VII, libertad pro- ta de D. Juan de Dios Polo y com- pañeros de infortunio, y salud de su querido amigo D. Francisco Na- varro Villoslada.	13
D. Francisco Blanco, Presbítero.	20
D. Antonio Mendez Valledor, id.	20
D. Pedro Queipo, id.	20
D. José Marrón, id.	20
D. José María Rodríguez Magadan, Presbítero.	20
D. Evaristo Pando, id.	20
D. Vicente Lafaja, Cura propio de Castellón de Sos y cuatro com- pañeros que desean por rey a D. Car- los VII.	44
D. Ramon Gonzalez, de la Coruña.	4
D. Manuel Barea, (segundo donativo), de la Coruña.	4
Una señora carlista.	4
Unas señoras pobres, de Palencia.	20
Una joven carlista, de id.	2
Una viuda é hija, carlistas, de id.	2
D. Adrian Gonzalez Garcia, carlista, de la Coruña.	10
Varios carlistas de Molina de Aragon.	160
D. José Viera, de Castro del Rey (Lugo), pobre sirviente que desea el triunfo de Cabrera.	2
Jesús Cardado, de nuevos años de edad.	2
D. Vicente Garcia, partido de Nue- ros, católico, apostólico, romano y carlista.	4
D. Felipe Martínez y Ruiz.	6
D. Alejandro Garcia Carmona.	10
D. M. M. P., Párroco de Orense, ami- go íntimo del invicto Cabrera.	10
Su sirviente, como católica, apostó- lica, romana.	2
Eduardo de Mendoza.	8
Un carlista, de Acebo.	6
D. Juan Jimenez, Presbítero.	4
D. Francisco Paz Garrido.	88
Un carlista santigués que desea rei- no a Carlos VII.	6
D. José Martínez, que acepta cuanto disponga la Santa Iglesia católica, apostólica, romana en el Santo Concilio Euménico.	6
J. G. T.	20
D. G. P., Presbítero, S. C. R. T., ca- tólico, apostólico, romano, D. de Burgos.	20
Un entusiasta carlista de Conil.	2
Una gallega católica, apostólica, ro- mana.	2
D. Juan Antonio Lumberras.	4
D. Manuel San Roman.	20
El Párroco de Santa Clara de Abe- dillo.	6
D. Pedro Monforts, Presbítero.	5
Un verdadero amante de D. Carlos, del Ferrol.	200
Doña Estefanía P. Ortega, de Espeja, y doña Nicolasa Garcia de Alcabilla, de Avellaneda.	4
Un carlista de Villoreil, que abraza los mejores sentimientos en la Reli- gión católica, apostólica, romana, y ardiente defensor de Carlos VII.	2
Juan Ruiz, de id., que es cuatro filis que a todas horas están prontos a ponerse a las órdenes de D. Car- los VII y D. Ramon Cabrera, y per consequens católico.	3
Jaime Rius, que recorde ab molta satisfacción los trabajos y fatigas que sufrió en la guerra dels set anys, especialmente en la jornada de Pere Camps (Solsona) portant alcoi un company ferit al senco- stas (per segona vegada).	2
Juan Rius, de id., católico carlista.	1
Joseph Rius, de id., perseguid dels liberals sols per ser carliste.	1
Ramon Rius, católico carliste.	1
Magdalena Rius, católica y carlista.	1
Maria Rius, id., id.	1
Antonia Rius, id.	1
Juan Palau, católico carliste.	1
Antonio Vergé, católico, carliste de maximent y hasta la mort.	2
Miguel Nogué, católico carliste has- ta la mort.	2
Pedro Farré, católico carliste.	2
Joseph Rubio y Lladó, católico, car- liste y deuya la pronta coronación per rey de España de D. Carlos VII acompañat del Sr. Aparisi y de D. Ramon Cabrera.	7
Altre carliste de id., defensor de la Religion católica.	4
Altre, católico, apostólico, romano, de id., carliste acreditat en la guerra dels set anys, y partidari de la monarquía tradicional.	8
Altre tradicionalista de id., defensor del altar y trono.	3
Maria Solé, católica, apostólica y romana.	2
Maria Altarriba, católica, apostólica y italiana.	2
Pere Manresa que va vota lo candi- dat per la república federativa, y ara desengañat alte lo cret de viva la Religio, patria y rey.	2
D. José Mata, de Gallegos.	4
Un legitimista andorrano, que espe- ra de la política de Carlos VII la regeneración de España.	6
Dos id. id. estudiantes en Urgel.	2
Un católico carliste.	10
Otro que lo es, por su suerte, y lo será hasta la muerte.	14
D. Marcos Fernandez.	2
M. M. Navarro, pro officio et cap- tulo.	16
D. Norberto Salomons.	4
D. Tomás Ouesta.	4
D. Emilio Plou, de Monreal.	10
A. B., católico, apostólico, romano.	10
A. S., católico y carliste.	10
D. Luis Ocasio Sanchez, maestro y carliste.	10
D. Luciano Trasvares, maestro y carliste.	10
M. Angel Barrio, Presbítero pobre y carliste.	10

Un suscriptor a EL PENSAMIENTO ES- PAÑOL, católico, apostólico, roma- no, que jamás tendrá más rey que el que lo es de derecho divino.	28
J. F. E., de San Sebastian.	20
Su esposa F. V., y familia.	20
Un Sacerdote del campo de Tarrago- na.	8
D. Rodolfo Mendez, Párroco de Pe- larodríguez.	8
D. Manuel Barreña, Párroco an- ciano.	10
Doña Maria Sierra y Torres, de Cala- horra.	8
Maria de los Santos, de id.	2
Abelina Servan, de id.	1
Eustaquia Garbayo, de id.	1
El Párroco de Santa Marina del Rey á sus compañeros de desgracia.	22
D. Nicolás de Oñales y Blanco, Ar- royo de Salas.	4
V. H. de Espronceda.	4

Un oficial que hizo la última guar- dia en Urdaiz en el palacio de don Carlos.	8
Un anciano de 73 años que tiene dos hijos dispuestos a batirse en de- fensa de la Religión.	4
Un católico que tiene otros dos dis- puestos del mismo modo.	5
Un carlista y por tanto católico.	8
Un carlista que sirvió en las filas de D. Carlos de sargento primero.	4
Entre siete católicos carlistas.	20
TOTAL.	35 872-46

CORTES CONSTITUYENTES.

Extracto de la sesion celebrada el día 21 de Mar-
zo de 1870.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RUIZ ZORRILLA.

Abierta la sesión á las tres menos cuarto, se
leyó el acta de la anterior por el señor secreta-
rio Llano y Perti, y fué aprobada.
Varios señores diputados se adhieron al vo-
to de la mayoría, entre ellos los Sres. Garcia
Ruiz hermanos y el Sr. Sanchez Ruano.
El Sr. Vinader presentó unos documentos re-
lativos al acta de Segovia, que pasaron á la co-
misión respectiva.
El Sr. OCHOA (D. Cruz): Tengo que suplicar
al señor ministro de Gracia y Justicia se sirva
remitar á las Cortes el expediente original don-
de constan las negociaciones habidas entre la
Santa Sede ó su representante y el Gobierno
acerca del juramento del Clero, para en su vir-
tud poder yo proceder como lo crea conveniente
en lo relativo al decreto que apareció en la Ga-
ceta de ayer; y como quiera que no se halle su
señoría presente, fúego á la mesa se sirva poner
en su conocimiento esta petición.
Al mismo tiempo ruego al señor presidente
se sirva mandar leer la lista de los señores dipu-
tados que por diferentes conceptos cobran sueldo
del Estado y tomaron anteayer parte en la
votación sobre la enmienda del Sr. Silveira.
El señor PRESIDENTE: S. S. no tiene dere-
cho para dirigir ese ruego á la mesa. En cuanto
á la primera pregunta, se pondrá en conoci-
miento del Gobierno.
El Sr. ROJO ALIAS: Con la oportuna au-
torización de la mesa, le voy á rogar se sirva tras-
mitir al señor ministro de Gracia y Justicia la
pregunta referente á si va á presentar pronto la
ley de arreglo del Clero y de tribunales.
El señor PRESIDENTE: Se pondrá en conoci-
miento del señor ministro la pregunta de S. S.
Las Cortes quedaron enteradas de dos comuni-
caciones de la presidencia del Consejo de mini-
stros trasladando copia de los decretos en que se
admitía la dimisión que del cargo de ministro de
Marina hacia el Sr. D. Juan Bautista Topete y se
nombra en su lugar al Sr. D. José María Beran-
ger y Ruiz de Apodaca.
A propuesta de la comisión quedó aplazado el
debate sobre el dictamen de las actas de Segovia
hasta enterarse de los documentos nuevamente
presentados.
Entrando en la orden del día continuó el de-
bate acerca de la negociación de bonos.
La comisión admitió una enmienda al art. 1.º,
presentada por el Sr. Bueno.
El Sr. PI Y MARGALL: Señores diputados:
difícil es la situación en que me encuentro: de
un debate que debería haber sido puramente
económico, se ha hecho una cuestión eminentemente
política, que ha llegado á poner en peli-
gro al Gobierno y aun á la misma situación. ¿Y
por qué? Porque de las tres fracciones de que se
compone la mayoría, hace ya tiempo que una
pugna por separarse, no para formar un campo
aparte, sino para dominarlos y destruirlos.
Se queja esta fracción de que se pide una au-
torización sin que se acompañen las bases que
han de servir para llevarla á cabo. ¿Pues no se
han pedido otras autorizaciones y no se han
quejado? ¿Por qué se quejan ahora? Se presenté,
señores, un proyecto de autorización para poder
obtener 100 millones de escudos y poder saldar
el déficit del presupuesto de 68 á 69, en términos
más amplios que el de hoy, y qué voz de la unión
liberal se levantó contra ella? Se han pedido
otras autorizaciones antes y después, y tampoco
se ha dicho cosa alguna por esa fracción; nos-
otros nos hemos encontrado solos en la brecha.
Esto, sin embargo, no significa que yo crea
que el Gobierno obra bien; si así fuera, no nos
veríamos en la dura precisión de votar con los
unionistas; pues bien á pesar nuestro lo he-
mos hecho. ¿Qué interés tendríamos en levan-
tar sobre vuestra ruina el partido que vino en
el año 54 con el progresista y la Constitución hecha por
aquellas Cortes y restableciendo la del 45, que
además del modo que tuvo por conveniente?
¿Qué interés tendríamos en levantar un par-
tido que, si en cierta época nos dejase determi-
nada libertad, nos llevaba á los tribunales por
insertar en las columnas de nuestros periódicos
insertar en los columnas de nuestros periódicos
el programa de los derechos que hoy se han
consignado en el título 1.º de la Constitución
del Estado; al partido que encontró las aros
del Tesoro llenas cuando se elevó al poder, y
cinco años después no dejó nada en ellas, gas-
tando todo sin medida, y que nos condujo á
guerras funestas como la de Africa, Santo Do-

mingo y Méjico, habiéndonos librado de los
desastrosos efectos de esta la acertada conducta
del señor general Prim? Vosotros nos poneis con
vuestra conducta en el duro trance de votar con
la unión liberal.
Lo que ahora proponéis es un descrédito. Que-
ríamos antes tomar dinero al 10 ó al 11 por 100,
y hoy se quiere tomar á más alto interés; y dice
sin embargo el señor ministro que vá mejorando
el estado de nuestra Hacienda. Yo entiendo que
por ese camino marchamos á la ruina.
Es preciso tener presente que los bonos se ad-
miten en pago de los bienes que se vendan por
el Estado, lo que producirá un 30 ó 31 por 100
de pérdida en esas ventas. Y, señores, no pode-
mos consentir que se echen por la ventana los
últimos restos de la fortuna pública.
Esto explicará por qué ha habido tanto em-
peño en que la operación se hiciera extensiva á
los bonos de los ayuntamientos, diputaciones y
demás que estén en garantía en la Caja. Así se
exigía por la casa que ha de hacer la negocia-
ción, para ser dueña de los bonos.
Hay más: el Gobierno no tiene facultades para
disponer de los bonos que se dieron en garantía,
porque el dador no puede disponer de la ga-
rantía que dá sin el acuerdo del acreedor.
Y, señores, no basta que se diga que la nego-
ciación se hará en firme y en una sola operación:
sería preciso saber á qué tipo se ha de verificar y
de qué manera se han de aplicar los productos
de la negociación, puesto que hay tres clases de
bonos. En toda clase de operaciones que se
pide autorización, se acompañan las bases sobre
que se han de desarrollar después las leyes, ó
bien acompañan las leyes mismas que se tra-
ta de plantear; y no sé comprendo por qué ra-
zon no se ha de hacer en estos proyectos lo
mismo.

El Sr. GIL SANZ: No tengo para qué ocupar-
me de la primera parte del discurso del Sr. Pi y
Margall, porque son cuestiones, no diré de fa-
milia, pero sí de los que han estado aliados en
un momento dado. (Un señor diputado de la mi-
noría republicana: Vosotros habéis andado jun-
tos con los unionistas diez y ocho meses.)
Efectivamente, hemos andado juntos mientras
hemos visto que esto podía contribuir á llevar
adelante los principios proclamados por la revo-
lución de Setiembre; pero no sé yo si honrará á
la minoría republicana contribuir con unionis-
tas y carlistas á la caída de este Gobierno, por-
que no se comprende lo que podría haberse he-
cho después. La unión es preciso aceptarla cuan-
do es necesaria y beneficiosa; pero si llega á ser
perjudicial, ya no puede continuar.
La unión liberal aceptó los principios demo-
cráticos proclamados en la Constitución, y era
natural que marcháramos unidos, como mar-
chamos con todos los que defendían esos prin-
cípios; mas en el momento en que venga una
fracción cualquiera que se oponga á su desar-
rollo, nosotros no podemos admitirla, pues ten-
dremos que ser consecuentes con el espíritu de la
ley fundamental.

Dicho esto, que me he visto obligado á manifi-
estar por la interrupción que se me ha hecho, y
entrando en la cuestión, habré de principiar por
decir que estas cuestiones de autorización son
y no pueden menos de ser de confianza.
Dice el Sr. Pi que no conviene que la negocia-
ción se haga en una sola operación y en firme,
porque así resultará un perjuicio por la falta de
competencia. S. S. se equivoca; habrá compe-
tencia, pues sabido es que existen 800 millones
de bonos en poder de los particulares. En cuanto
á los resultados de la operación, no puedo pre-
verse en un país tan agitado como el nuestro:
no se culpa, pues, al Gobierno si no son los que
debían esperar; culpémosle del mal aconsejado
que entorpecen la marcha del Gobierno en el ca-
mino de la libertad, agitando dificultades.

Como esta cuestión ha sido ya muy debatida, y
siendo yo muy práctico en materias de Ha-
cienda, no digo más; pero creo que bastan las ex-
puestas para contestar á las observaciones del
Sr. Pi.
Los Sres. Pi y Margall y Gil Sanz rectificaron.
El Sr. SANTA CRUZ: Sin entrar en considera-
ciones políticas, debo decir algunas palabras acer-
ca de las que se han cambiado entre los señores
Pi y Gil y Sanz sobre la votación de la enmienda
del Sr. Silveira por los republicanos. Bajo un
punto de vista político, nosotros no podíamos
desear que esos señores vinieran á ayudarnos; y
tanto menos, cuanto que el Sr. Silveira declaró
que si bien la unión liberal disienta del Gobierno
en una cuestión determinada, en una cuestión de
Hacienda, en las demás cuestiones políticas y en
las leyes orgánicas estamos resueltos á votar
á su lado. Con este criterio, de ningún modo as-
pirábamos ni podíamos aspirar á que se unieran
á nosotros hombres que no están de acuerdo con
la unión liberal en esa materia. No hay, pues,
que buscar ni pensar en alanzas de la unión li-
beral que no podían ser subsistentes.

Y dicho esto, voy á ocuparme brevemente del
asunto que se discute. Yo como mis amigos po-
líticos, reconozco que la Hacienda estaba en ma-
lísimo estado al encargarse de su gestión el se-
ñor Figuerola, y que S. S. hizo perfectamente
al acudir á la emisión de 2,000 millones en bo-
nos del Tesoro para cubrir el déficit en cuanto
fuera posible, así como también en consignar
una parte de la emisión á la Caja de Depósitos en
garantía de las imposiciones de los particulares.
Consignados los bonos en ese establecimiento, y
tomados estos por los que quisieron, y que-
dando los demás en la Caja, creía el Sr. Silveira,
y creía bien á nuestro juicio, que el Gobierno no
podía disponer de ellos. Sin embargo, las Cortes
Constituyentes, desechando la enmienda del se-
ñor Silveira, han sido de distinta opinión, y yo no
tengo que hacer más que bajar la cabeza ante el
fallo de la mayoría, que respeto, mucho más
cuando al acordar como han acordado las Cortes
entienden que no se perjudica á los intereses de
los particulares.

El señor ministro de HACIENDA: Deberes de
amistad y respeto hacia el Sr. Santa Cruz me
impulsan á dar á S. S. cuantas explicaciones
desee. Yo no me ocuparé de la cuestión política,
que incumbe más principalmente á otro de
mis compañeros; ni sé tampoco el cómo ha
nacido esa cuestión, ni cómo ha sido que en vez
de haberse retirado por los señores de la unión
liberal su enmienda después de haber salvado su
opinión, aquella ha venido á ser votada; lo único
que diré es que lo sucedido debe considerarse co-
mo un desastre.
Las consecuencias nosotros las aceptamos;
pero rojalá que no alienten las esperanzas de
nuestros comunes enemigos, y que no vean en

la sesión del sábado el principio de una restau-
ración!

Pero dejando esto aparte, vamos á la cuestión
de las dudas que juiciosamente ha formulado el
Sr. Santa Cruz. Llegó, señores, un momento su-
premo para la Hacienda el 19 de Enero, y el mi-
nistro encargado de ese departamento tuvo que
someter al Consejo de ministros toda la grave-
dad de la situación. Entonces hice todas las ob-
servaciones que se me ocurrieron en pró y en
contra de la medida que proponía, y hasta al-
guna tal vez que aquí no se ha hecho, indicando
al mismo tiempo que si mi pensamiento no era
acogido, había que pensar en otro ministro de
Hacienda.

Esto lo decía yo en el Consejo del domingo,
ayer hizo ocho días, y el lunes yo mismo fui á
consultar á determinadas personas si querían
aceptar la cartera de Hacienda, y si en el estado
de esta encontraban otros medios mejores que
los propuestos para salir adelante. Cuando yo
daba este paso, el señor presidente del Consejo
había también por su parte iguales gestiones.

Es evidente que el Gobierno podía negociar
puramente sus bonos en cartera. Había personas
que los tomaban; pero la oferta más alta que se
ha hecho era al tipo de 58, cuando en el merca-
do estaban á 62, mientras que tomándolos todos,
es decir, los procedentes de las imposiciones de
los ayuntamientos y la garantía de la Caja de
Depósitos, resulta que se han hecho proposicio-
nes para adquirirlos, en vez de un tipo menor, á
un tipo mayor que el de la plaza. Vendidos á 58
los 736 millones del Tesoro, la negociación hu-
biera producido 246, y siendo á 64 da 470, ó sea,
una ventaja para el Estado de 44 millones.

No hay, por tanto, motivo para los escrúpulos
que ha manifestado el Sr. Santa Cruz, y que es-
pero se habrán desvanecido con estas explica-
ciones.

El Sr. SANTA CRUZ: Ha recordado el señor
ministro de Hacienda la sesión del sábado, vol-
viendo á la cuestión política, é insistió en ma-
nifestar que no la aceptamos en ese terreno.
Háse ocupado después de la gestión de la Ha-
cienda durante el mando de la unión liberal, y
cuando esto en nada me pueda afectar per-
sonalmente, debo decir que estamos prontos á
responder á cuantos cargos se nos quieran dir-
gír.

Por lo demás, siento manifestar que S. S. no
ha dado las explicaciones que yo deseaba. Supo-
ne el señor ministro de Hacienda que no hay
perjuicio para el Tesoro con esta operación; pero
la verdad es que se dan á los imponentes en la
Caja 96 millones que no había necesidad de dar-
les; y aun cuando fuera exacto que por anticipar
la amortización hubiera un beneficio de 44 mil-
lones, siempre resultaría una pérdida de 52,
pérdida que no es despreciable; pero no es tam-
poco exacto que haya esa rebaja de 44 millones,
porque los bonos no quedan amortizados, sino
que se sacan de la Caja para entregárselos á los
contratistas, que los adquieren con los mismos
derechos que su anterior poseedor.

Los Sres. ministro de Hacienda y Santa Cruz
rectificaron.
Habiendo hablado el número de señores que
previene el reglamento, se procedió á votar el ar-
tículo nominalmente, á petición de varios se-
ñores Diputados; y verificada la votación, resultó
aprobado el artículo por 126 contra 73.

Sin discusión se aprobaron los arts. 2.º (con
una enmienda) 3.º y 4.º

Aceptóse una enmienda al 5.º sin discusión.
El Sr. Diaz Quintero apoyó una enmienda al 5.º
para que las minas de Riotinto no se vendiesen
sino en pública subasta y dando un plazo de seis
meses para que llegue á conocimiento de las per-
sonas ó empresas que quieran interesarse en la
subasta.

El señor ministro de Hacienda aseguró que
en breve llevaría á las Cortes un proyecto de ley
para la venta de las minas de Riotinto y enton-
ces sería ocasión de fijar el tiempo para la sub-
asta.

Y fué desechada la enmienda.
El Sr. Calderon Collantes habló en contra del
art. 5.º en lo relativo á la venta de las minas de
Riotinto. El orador creía que esa venta debería
estudiarse mucho, porque podría perjudicar al
Tesoro en muchos millones.
Y se suspendió la discusión, levantándose la
sesión.

Eran las siete menos cuarto.

Continuando la sesión á las diez menos cuar-
to, se adhirió el Sr. España al voto de la ma-
yoría sobre el artículo 1.º del proyecto que se
discutía.

Acto continuo, y siguiendo el mismo debate,
dijo:

El señor ministro de HACIENDA: Yo, se-
ñores, comprendo perfectamente la preocupación
que tienen muchas personas de que no se deben
vender las minas del Estado; pero es preciso ten-
er presente que la idea de vender las minas no
es nueva, pues ya se trató de esto en 1851, en el
35 y en 11 de Junio de 1856, en que se dictó una
ley al efecto.

El Sr. CALDERON COLLANTES: He indica-
do ya que no quería prolongar el debate; yo lo
que deseo es que esta cuestión no se tome como
cuestión política ni de confianza, sino que se
mire el proyecto por lo que es en sí mismo, sin
tener en cuenta para nada la política del Gabi-
nete, que ni he combatido ni combatiré proba-
blemente.

El Sr. MADDOZ: Opino como el Sr. Calderon
Collantes, que esta clase de proyectos no deben
tener ese tinte político que aquí se ha dado.

En 1.º de Mayo de 1855 se dió una ley para
la venta de las minas del Estado, exceptuando solo
las de Almadén; de manera que ya hace tiempo
que debían haberse vendido estas minas.

El Sr. Diaz Quintero rectifica.
Se leyó el artículo con la indicada modifica-
ción, y quedó aprobado, previa la oportuna pre-
gunta.

Sin debate alguno fueron aprobados los ar-
tículos 6.º y 7.º, que era el último del proyecto.
Reemplazo del ejército.

Continuando la discusión sobre este proyecto,
dijo:

El Sr. MAISONNAVE: Si la comisión y la ma-
yoría no aceptan las reformas que proponemos
porque no quieren; y no quieren, no por falta
de patriotismo, sino por sobre de miedo. Pe-
ro, señores, sobre nuestras cabezas se cierne
una gran tormenta; y si las nubes que se amon-
tonan llegan á descargar el torrente, en ese día
la bandera de la libertad que hoy empuña el ge-
neral Prim, tendrá que ir á ocultarse en el seno

de la reacción, y entonces ¡ay de la revolución,
y ay de la patria!

El Sr. ERASO: De todas maneras, con toda
clase de paliativos y reformas no habíamos de
salir del atolladero, lo cual se consigue solo pen-
sando en resolver estas cuestiones como yo creo
que deben resolverse.

El Sr. RUBIO (D. Federico): Si el Gobierno
hubiera atendido á los principios revolucionarios,
no estaríamos discutiendo aquí el artículo que
nos ocupa. Y, señores, si aboliéramos las quintas,
todas las madres estarían interesadas en la con-
servación del Gobierno que tan importante satis-
facción diera á los dodos del pueblo, que ha cla-
mado siempre contra ese odioso tributo.

¿Y para qué quisiésemos ejército de 80,000 hom-
bres? ¿De qué os serviría en un día dado? De lo
que sirvió á Isabel II, en cuanto le faltó el pri-
mer batallón, de seguida la abandonaron los de-
mas. Lo mismo os sucederá á vosotros: en quan-
to se os vaya el primer punto, ya vereis qué poco
tarda en irse toda la malla.

Sin más debate se procedió á votar el artículo
nominalmente, siendo aprobado por 68 votos
contra 39.

Se leyó el art. 6.º y después de una breve re-
ctificación por el Sr. Sorni, dijo:

El señor PRESIDENTE: Se suspende esta dis-
cusión.

Orden del día para mañana: Dictamen de la
comisión sobre las actas de Segovia.

Se levanta la sesión.

Era la una menos cuarto.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

(De la agencia Havas).

ROMA, 19.—El Sr. de Banneville estará ausen-
te probablemente tres semanas.
La discusión de *Ecclesia* no empezará hasta
que regrese.

Aun no se ha enviado la respuesta del Papa al
despacho del Sr. Daru.

Un número considerable de Obispos habrían
asistido al servicio fúnebre del Sr. de Montale-
bert, si el Papa no le hubiese hecho celebrar es-
presamente, durante la sesión del Concilio.

PARIS, 21.—Se sabe por conducto fidedigno
que los individuos del Gabinete están completa-
mente de acuerdo relativamente al Concilio y á
todas las cuestiones interiores.

La testación del Papa no ha sido mandada
todavía, pero se sabe que en sus conversaciones
el Papa no se muestra dispuesto á autorizar que
entren en el Concilio los enviados de las po-
tencias.

FLORENCIA, 20.—La Cámara ha aprobado el
presupuesto provisional por 164 votos contra 58.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 22 DE MARZO DE 1870.

Ni el recuerdo de que S. A. debe el puesto que ocupa á la conciliación de tres partidos, ni la consideración de que en la batalla del sábado por la noche el ministerio más que triunfante salió en realidad derrotado, ni la opinión general del país, fuertemente pronunciada contra la desastrosa administración del Sr. Figuerola; nada, en fin, ha detenido al regente, y remendado el ministerio con la entrada del Sr. Beranger en sustitución del Sr. Topete, continuó ayer como si tal cosa la discusión del malhadado proyecto de negociación de bonos.

¿No hay en todo esto algo anormal, algo que no se explica? Si una y mil veces, de palabra y por escrito, han convenido los hombres más importantes del unionismo y del progresismo y de la democracia en que la conciliación de los tres partidos es absolutamente indispensable, ¿cómo el regente se aquieta con tanta facilidad y aprueba cuanto le propone el general Prim?

Estas reflexiones que nosotros no hemos podido menos de hacernos, se hacían ayer también los hombres más versados en política concluyendo con este dilema: O el duque de la Torre abandona á su gente ó no es verdad que la conciliación esté definitivamente rota. En cualquiera de los dos casos no sin fundamento se sospecha que hay algo secreto, algo que no ha trascendido al público y puede ser la explicación de la rara conducta de Serrano.

¿Será que entre este y el presidente del Consejo de ministros haya mediado algún pacto relativo á la pronta terminación de la interinidad? Porque suponer que el regente, de acuerdo con los unionistas, adopte el sistema de dejar hacer lo que quiera al general Prim á reserva de deshacerlo después todo de un solo golpe, sería una suposición absurda. En la unión liberal puede haber cabezas calientes que aun conserven ciertas reminiscencias de ciertos procedimientos de fuerza usados para hacer la felicidad del país en los ominosos tiempos anteriores á la revolución de Setiembre; pero el regente! ¡Oh! El regente no es hoy un hombre de partido, no es el jefe ni soldado de una fracción política, el regente es el jefe del Estado, que se eleva por encima de las miserias de los partidos, que mira á todos con paternal amor y está únicamente consagrado á dirigir la gran máquina gubernamental al compás que le marque la consabida opinión pública. Esto es claro, esto es evidente.

Así es que en nuestro concepto no carece de verosimilitud la suposición de que entre el duque de la Torre y el general Prim se haya convenido en dejar las cosas tal como hoy están á trueque de apresurar el término de la interinidad, que es, según parece, el deseo vehementísimo del paternal corazón de S. A.

Pero entonces ¿por qué se sigue hablando de crisis? ¿Por qué se habla de la salida del Sr. Figuerola y de otros ministros? ¿Por qué los progresistas no ponen empeño en desvanecer los rumores que con su cuenta y razón esparcen los demócratas, anunciando que va á salir del ministerio nada menos que el señor Sagasta, y que le va á sustituir el señor Martos que representa el elemento más antiunionista de la Cámara?

Todo es misterio, todo enigma, ó por decirlo de una vez y mejor, todo es caminar á ciegas.

A ciegas camina D. Juan Prim empujado hoy por los unionistas, mañana por los progresistas y al día siguiente por los cimbrios; sin plan ni pensamiento político y dando pábulo á las sospechas de que lo que quiere el presidente del Consejo de ministros es que dure indefinidamente la interinidad.

A ciegas camina el regente que no sabe lo que quiere, ni tiene arranque para definir la situación y exigir de un Gobierno soluciones claras que de un modo ó de otro acaben con este período de anarquía. Convertido en un autómató se da por satisfecho con la prerrogativa de decir *amen* á cuanto le propone D. Juan Prim.

A ciegas caminan los unionistas forjándose un día la ilusión de que su candidato para la corona puede ser aceptado por los radicales, y desesperando al siguiente de sus esfuerzos. A ciegas caminan, como de costumbre, los progresistas, y á ciegas caminan, por fin, los demócratas. Todos absolutamente todos, caminan á ciegas, desconociendo unos de otros, sin otro móvil que su desmedida ambición.

En vano es que nos esforcemos en adivinar qué rumbo llevará mañana la política. Se ha perdido la brújula para todos. Caminaremos de sorpresa en sorpresa, si es que hay algo aún que pueda sorprendernos, hasta que el insostenible chirrido del carro de la revolución acabe con la paciencia de todos.

Ayer había gran excitación en el Congreso, á consecuencia de la votación del sábado. Algunos radicales aseguraban que la unión liberal, contando con que el Gobierno caería, y el regente admitiría la dimisión del ministerio, lo tenía ya preparado todo para encaramarse al poder, y dar el golpe en favor del periclitado D. Antonio de Orleans; y los que así pensaban se irritaban contra los

republicanos por haber secundado incautamente con su voto los maquiavélicos planes de los unionistas. Muchos ministeriales se felicitaban de la ruptura, aconsejando una política hostil, radical, intransigente, proponiéndose no hacer jamás alianza con la unión liberal, olvidando en su enojo que los unionistas son muy cuicos y hallarán medio de engañarlos veinte veces que sea necesario.

Personas más previsoras decían: «Ya verán Vds. cómo la conciliación no se rompe por completo; los unionistas harán protestas de adhesión al Gobierno, y el Gobierno tendrá que transigir con ellos hasta que le armen otra más gorda.» «Imposible! replicaban los exaltados; al punto que han llegado las cosas ya no es posible unión.» Y muy entusiasmados, perlinos, progresistas y cimbrios, auguraban una era de política revolucionaria y de soluciones radicales.

El partido republicano unitario en masa, es decir, los Sres. García Ruiz y Sanchez Ruano, esperando atraer al general Prim á su devoción, quisieron aprovechar las circunstancias de descontento con los unionistas, y se apresuraron al principio de la sesión á adherirse al voto de la mayoría en la enmienda del Sr. Silvela. Los federales no quieren la república unitaria, pero una vez proclamada, creen que todo se andará, y por eso no les conviene oponerse á esta pensión, para no asustar al general Prim, que no sabe cómo salir de este laberinto.

Porque á la verdad, aquí no es posible nada, revolucionariamente hablando. No hay solución; y las cosas continuarán como hasta aquí, é irán de mal en peor, hasta el día en que se arme una buena y todo se lo lleve la trampa.

Como quien ha salvado milagrosamente un río y saluda entusiasmado y alegre á los compañeros que encuentra en la orilla ó acuden á felicitarle, así estaba ayer la mayoría radical, acogiendo con aplausos á los diputados que se adherían al Gobierno en el voto de la enmienda del señor Silvela. En cambio, al señor Ochoa, que se adhirió al voto contrario, casi no se le dejó hablar, sobre todo cuando pidió la lista de los diputados que teniendo empleo habían votado con el Gobierno. Los aludidos prorrumpieron en fuertes rumores y murmullos, y Ruiz Zorrilla agitó violentamente el sonoro aparato que usa en la presidencia de las Cortes. Luego se leyeron los decretos admitiendo la dimisión del Sr. Topete y nombrando en su lugar al Sr. Beranger; se admitió la renuncia del cargo de secretario hacia el marqués de Sardoal por haber votado con la minoría la enmienda del Sr. Silvela, y empezó la discusión por artículos del célebre proyecto de Figuerola.

En contra del primero habló el Sr. Pi y Margall, pronunciando un buen discurso por sus consideraciones económicas. Pero el Sr. Pi trató en primer lugar de votar bien con los radicales á pesar de la votación del sábado, y para ello atacó duramente á la unión liberal por todos los hechos de su gobierno, diciendo luego que el partido republicano no puede aliarse ni enaltecer á esa fracción. Si votó con ella la enmienda del Sr. Silvela, culpa fué de los progresistas por haber presentado un proyecto detestable y ruinoso, al cual no podía menos de oponerse el partido republicano. Así explicó el señor Pi la conducta de su partido, sin que por eso dejara de conminarle el Sr. Gil Saz que le contestó, y que apenas dijo una palabra de la cuestión de hacienda, hablando casi exclusivamente de la política.

El Sr. Santa Cruz consumió el segundo turno en contra del artículo, siendo contestado por el ministro de Hacienda; y después el Sr. Diaz Quintero apoyó una enmienda que fué rechazada en votación nominal, para que las minas de Riotinto se vendieran en pública subasta, señalándose un plazo de seis meses para su venta.

Sin que ocurriera incidente alguno digno de mención especial; terminó en la sesión de la noche la discusión del proyecto, siendo aprobado en su totalidad tal como lo presentó Figuerola, excepto una enmienda que, presentada por los perlinos, fué aceptada por la comisión, para que no se negocien los bonos de los Ayuntamientos que quieran conservarlos.

Dentro de poco, pues, será ley el famoso proyecto de Figuerola, el cual consiste, como decía muy bien el Sr. Cánovas, en echar la casa por la ventana.

La abundancia de original nos obligó á retirar ayer varios sueltos en que nos hacíamos cargo de algunas noticias relativas á cambios probables en el alto personal de la administración, y en que copiábamos algunos párrafos de *El Imparcial* para que nuestros lectores tuvieran una idea de la especie de frenesí que se ha apoderado del órgano de los cimbrios.

En cuanto á las noticias relativas al personal, podemos hablar hoy con más seguridad, y del frenesí antiunionista de *El Imparcial* tenemos pruebas más frescas.

Diez son como decimos en otro lugar, los diputados unionistas que han hecho di-

mision de sus destinos. Entre ellos figuran el presidente del Consejo de Estado y dos Consejeros, cuyas dimisiones se publican hoy en la *Gaceta*. Pero algo ha debido ocurrir con respecto á ellas, y vamos á decir en qué nos fundamos.

El Puente de Alcolea, periódico radical de la mañana, publica una última hora alarmantísima: «Hechos gravísimos, dice, llegan á nuestros oídos á esta hora, las tres de la madrugada.»

«La *Gaceta* de hoy, añade, debía publicar los decretos admitiendo las dimisiones de los diputados unionistas empujados y parece que, merced á ciertas epístolas y ofrecimientos, y principios, en fin, de transacciones, naturales en ciertos hombres cuando se trata de cargos públicos, la *Gaceta* guardará silencio hasta llegar á un acomodamiento.»

Y con este motivo da *El Puente de Alcolea* la voz de jalea! á sus amigos, repitiendo con el general Prim: ¡Radicales, defende! y añadiendo: ¡Jalea, radicales!

Por otro lado *El Imparcial* dice lo siguiente:

«La unión liberal está pesada de su actitud y del cumplimiento de la conciliación á causa de la votación del sábado. Esto no es un secreto para nadie. A las horas de la noche se redoblaron los esfuerzos para reanudar la conciliación, sin que podamos determinar el resultado de esos esfuerzos. Lo único que tenemos por seguro es que ya no se publicarán en la *Gaceta* de hoy los decretos admitiendo la dimisión de los consejeros de Estado.»

Pues á pesar de las afirmaciones de *El Imparcial* y de *El Puente de Alcolea*, la *Gaceta*, como hemos dicho, publica las dimisiones de los Sres. Ríos Rosas, Calderón Collantes y Salazar y Mazarredo. Pero ello es que algo ha habido que ha estado á punto de impedir semejante publicación. ¿Qué ha sido? No lo sabemos todavía; pero no estamos muy lejos de creer que no anda equivocado *El Imparcial* al decir que la unión liberal está pesada del resultado de la votación del sábado.

Sin embargo, si ha habido negociaciones ó, como dice *El Puente de Alcolea*, epístolas y ofrecimientos, y principios de transacciones, suponemos que esas negociaciones no habrán sido promovidas directamente por los unionistas; más bien creemos que habrán servido de mediadores algunos progresistas que por excepción no participan de la ojeriza que la generalidad de los radicales tiene contra la unión liberal. ¿Sería imposible descubrir en las gestiones que se hayan hecho para reanudar la conciliación la mano del Sr. Sagasta?

Porque es de advertir que el Sr. Sagasta tiene á los ojos de los demócratas la mancha de ser partidario de la conciliación, y cabalmente por esto, como medio de ahondar la disidencia entre unionistas y radicales y á fin de impedir toda reconciliación, gran parte del esfuerzo de los cimbrios se dedica á sacar del banco ministerial al actual ministro de Estado.

Con este objeto y para formar atmósfera favorable á una modificación ministerial en sentido cimbrio, hace tres días que *El Imparcial* nos habla de un cambio ministerial que tiene por probable y quizá inmediato.

Pero lo que nos confirma en la sospecha de que se busca la reconciliación, es que mientras los periódicos radicales en general, y particularmente *El Imparcial*, declaran guerra á muerte á la unión liberal, algunos periódicos de este partido, ó lo que es lo mismo, montpensieristas, olvidando la altanería de sus adversarios, se muestran muy humildes y piden casi por Dios el restablecimiento de la conciliación. Mientras *La Política* declara que la conciliación no se puede romper y *El Diario Español* se concreta á dar cuenta de lo ocurrido el sábado y combatir á *El Imparcial*, *La Opinión Nacional* se expresa en estos términos:

«Según habíamos previsto, los jefes más importantes de las fracciones liberales, han hecho grandes esfuerzos para que la conciliación no se rompa, y parece que sus esfuerzos han obtenido el mejor resultado.»

Luego dice que á pesar de haber presentado las dimisiones de sus empleos los diputados unionistas, «la fracción unionista de la Cámara no romperá la conciliación, siguiendo por tanto prestando su apoyo al ministerio presidido por el general Prim.»

Y por último, en otra parte añade que ha oído á persona que debe saberlo, que el general Serrano ha manifestado resueltamente su idea «de que es necesario conservar la conciliación de los partidos como medio único de sacar á salvo los principios revolucionarios, y la necesidad cada vez más apremiante de constituir definitivamente el país; eligiendo el monarca que las Cortes consideren más identificado con los principios revolucionarios.»

Aquí asomó la oreja el montpensierista de pura raza, convirtiéndolo todo en sustancia á favor de su augusto soberano.

Buenos tiempos son estos para pensar en el monarca más identificado con los principios revolucionarios.

Las *Novedades*, que aparenta seguir siendo progresista sin dejar de ser montpensierista, expresa así sus sentimientos conciliadores:

«A donde irá el gobierno privado del apoyo de los hombres que tan poderosamente contribuyeron al triunfo instantáneo de la revolución y en una Cámara indisoluble? ¿A donde podrán ir los revolucionarios de setiembre precedentes de la unión liberal si se separan del gobierno, si no

tienen más camino que la restauración, el carlismo ó la república federal?»

En concepto de *El País*, órgano del señor Topete, si se rompe la conciliación, la revolución «se verá desnaturalizada por sus mismos hijos, y en vez de producir la consolidación del país, producirá tan sólo una larga y funesta cosecha de guerras civiles, odios, miseria y toda suerte de calamidades.»

¿No es esto mendigar la reconciliación?

Pero nos hemos separado de nuestro primer propósito, y tenemos que decir algo, aunque sea en pocas líneas, de la cuestión del personal.

Además de las dimisiones de que hoy da cuenta la *Gaceta*, *El Imparcial* dice que han sido admitidas las de los Sres. Suarez Inclán y Ortiz de Pinedo, y que el Gobierno está dispuesto á admitir cuantas se presenten.

Sin embargo, se dice que los unionistas han aconsejado á sus amigos que no son diputados que no dimitan, así es que entre los gobernadores parece que hasta ahora no ha presentado su dimisión más que el gobernador de Cádiz, Sr. Villalba, y esta en términos condicionales que han obligado al ministro de la Gobernación á decir al interesado que no se admiten dimisiones en esos términos. Así lo dice con maligna fruición *El Imparcial*. Entre los militares la ha presentado y parece que le ha sido admitida, aunque no se publica en la *Gaceta*, el general Serrano Badoya, director de la Guardia civil, y se habla también del general Jovellar, que no es diputado, director de administración.

Acercos de los militares unionistas cuéntase que D. Juan Prim quería remover á algunos de los puestos que ocupan, pero que el regente le dijo: «Pase que se admitan las dimisiones que se presenten; pero no se quite á nadie de donde esté.» El general Prim sospechaba acaso algo y quería evitar ciertos peligros.

No falta quien cree que la orden que han dado los unionistas á sus amigos no diputados para que no dimitan, tiene por objeto no perder la preponderancia que les dan las posiciones que ocupan algunos generales de la unión liberal.

Con todo, según parece, el general Prim ha ideado un medio de contrarrestar en parte la habilidad de los unionistas. Con este objeto se cree que ha formado esa combinación de que hablan los periódicos y que si se realiza dará por resultado la entrada del general Córdova en el Consejo de Estado, pasando á reemplazarle en la dirección de infantería el general Izquierdo, capitán general de Madrid. A este puesto vendrá el Sr. Gamundi, capitán general de Cataluña, y á Cataluña irá el general Baldrick.

De este modo el general Prim tendrá en las dos capitánías generales más importantes dos amigos de su mayor confianza.

La noticia de que el general Córdova irá á la presidencia del Consejo de Estado por no aceptar ese puesto el Sr. D. Fermín Caballero, hizo exclamar á *La Epoca*:

«Respiremos Si esta gracia cuaja, no habrán sido inútiles los increíbles, los titánicos esfuerzos que en las más opuestas corrientes han venido haciendo el general á quien se alude.»

Pero *La Epoca* había tomado á broma eso de que un teniente general fuera á presidir el primer cuerpo consultivo de la nación, olvidándose sin duda de que vivimos en el país de los absurdos, así es que en otra parte añade que la noticia tiene fundamento.

Terminaremos estas líneas dando una noticia grata á los contribuyentes. Dicese que el general Córdova será ascendido á capitán general de ejército. Realmente algún premio merece el general Córdova que ha peleado con tanto denuedo en cien partidos políticos.

No han sentado bien á *La Epoca* las reflexiones que nos sugirió su manera vergonzante de atacar el Santo Concilio del Vaticano, y siguiendo su costumbre de irse en las polémicas por los cerros de Ubeda, desvirtúa los cargos que con tanta razón el sábado le hicimos.

Era el primero y principal el que un periódico que al abrirse la augusta Asamblea de Obispos había declarado que estaba dispuesto á acatar sus decisiones porque reconocía su infalibilidad, repitiese los ataques y hechos falsos propalados por los periódicos impíos ó desafectos á la mayoría de los Padres, mientras que ocultaba á sus lectores las cumplidas respuestas que los defensores de la Santa Sede y de la mayoría del Concilio han dado á esos ataques y á esas falsedades.

¿Por ventura desvanece este cargo *La Epoca*? ¿Lo confiesa acaso y trata de reparar el daño causado? Veámoslo:

«Nosotros, dice, hemos referido sucesos desgraciadamente indudables, y al mismo tiempo hemos indicado las quejas que en diferentes formas y con distintas tendencias se formulaban acerca de la libertad de los Obispos reunidos en Roma.»

No sabemos si *La Epoca* contaba entre los sucesos desgraciadamente indudables el de la próxima caída de la Santa Sede; lo que si nos consta es que la *La Epoca* acogía el viernes en sus columnas, sin protesta de

ningún género, las escandalosas líneas siguientes:

«El aislamiento, y por consecuencia la caída de la Santa Sede, se presentan á los ojos de todos, menos á los de los ultramontanos y á los de los jesuitas.»

Esto en cuanto á los sucesos desgraciadamente indudables acogidos por la católica *Epoca* para honrar sin duda á la Santa Sede próxima á caer según todos los que no son ultramontanos ni jesuitas. Verdad es que Jesucristo dijo á San Pedro y á sus sucesores: *Ego rogavi Patrem, ut non deficiat fides tua*, pero Jesucristo era sin duda jesuita ó ultramontano para *La Epoca*, y mas fí que la palabra de Dios merecen á ese periódico las cartas del último corresponsal de esos inmundos diarios, que el odio á la Iglesia ha hecho brotar en la descreída Europa.

Por lo que toca á las quejas, parecemos que la imparcialidad, ya que no el cariño y respeto que los católicos debemos á la Santa Sede, exigía de *La Epoca*, dispuesta á acatar las decisiones del Concilio, que hubiese enterado á sus lectores de la brillantes y magníficas defensas de la Santa Sede y de la mayoría de los Padres, que se han hecho y publicado de mucho tiempo á esta parte. Entre las quejas que repite *La Epoca* las hay, y muchas por cierto, completamente desvanecidas por escritores adictos al pontificado; ¿por qué, pues ese diario que quiere ser católico publica hoy los cargos y omite las defensas en cosas tan graves y que tanto afectan á la Santa Sede?

Esto es lo que debiera explicarnos *La Epoca*, mejor dicho, de esto debiera disculparse el diario que tiene la pretensión de pasar por devoto de la Santa Sede, repitiendo contra ella cargos ya contestados y presentándola como próxima á caer cuando sabe que durará hasta la consumación de los siglos.

Y prosigue *La Epoca*: Nosotros no decimos que carezcan de libertad los Padres del Concilio, pero es grave que lo digan otros, cuya opinión en este asunto vale más que la nuestra.

Y la opinión contraria seguida por más Obispos y que es la opinión de la Santa Sede ¡vale tan poco para *La Epoca* que no quiere darla á conocer á sus católicos lectores? Desengáñese el diario de la tarde, su proceder no tiene disculpa, y no se aviene mucho con su deseo de pasar por hijo sumiso de la Iglesia.

No acabaremos estas líneas sin decir á *La Epoca* que, cuando discuta con nosotros, evite las declamaciones con que suele á menudo ocultar la derrota.

Todo lo que dice del P. Jacinto, del Obispo de Orleans, del P. Gratry, del teólogo Döllinger, etc., etc., es pura palabrería.

Nosotros digamos que el liberalismo, «una vez condenado para siempre por el Concilio y por el Pontífice, dejará de ser temible, aunque se disfrazase de Obispo.»

¿Se han cumplido las condiciones que nosotros fijábamos para que el liberalismo deje de ser temible? No. Pues entonces, ¿á qué vienen las declamaciones de *La Epoca*? Pero de algo tenía que hablar este periódico, no pudiendo decir una palabra en justificación de su inculcable conducta con respecto á la mayoría del Concilio y del Sumo Pontífice.

Ya sospechábamos nosotros que *El Eco de España* no dejaría de contestar á las líneas con que encabezábamos ayer la carta de doña Isabel de Borbon á Su Santidad. Y hasta sospechábamos que habría de hacer pié para su argumentación en el llamado reconocimiento del derecho de doña Isabel por el Sumo Pontífice.

Nos place que haya motivo para dilucidar este asunto del cual, con la poca buena fé que les distingue, quieren sacar gran partido los moderados como si España entera no supiese hasta dónde alcanza el fervoroso catolicismo de estos caballeros.

Por de pronto nosotros veríamos con gusto la publicación íntegra de la carta de Su Santidad para partir, no de lo que puede ser un supuesto falso, sino de un hecho verdadero y claro. Pero supongamos que la frase citada en el documento de doña Isabel II es tal y como se ha presentado al público. ¿Qué tenemos con eso? ¿Resuelve esa frase la cuestión de derecho entre doña Isabel y D. Carlos? De seguro que el Santo Pío IX, al escribir esa carta particular, no tenía en cuenta para nada la cuestión dinástica en que está dividida la augusta familia de los Borbones españoles, ni menos pensó en hacer, como los moderados, un argumento contra los carlistas, lo que en resumidas cuentas era solo un argumento contra la revolución. Acababa esta de arrojar del trono á doña Isabel II, y el Papa no veía delante de sí mas que dos cosas: el hecho revolucionario y el trono legítimo, prescindiendo de la persona que lo ocupaba. La revolución de una parte, el derecho de los Borbones de otra. D. Carlos para el Sumo Pontífice estaba comprendido en la familia, y por consiguiente en el derecho de los Borbones. ¿Cómo, desde la altura del Vaticano, habían de verse las diferencias de familia y las distinciones de los partidos que á nosotros nos desgarran y enervan? ¿Cómo el Papa había

de entretenerse en resolver un litigio, un pleito en el cual un juriconsulto acreditado puede ser más competente que el mismo Papa? ¿No es un abuso miserable, realmente propio de moderados, aferrarse a una palabra del Sumo Pontífice (escrita además en el seno de la confianza) para molestar con ella a los carlistas, á los hombre leales, á los voluntarios españoles que han ido á derramar su sangre por el Pontificado? No; el Papa no vea más que á la revolución y á la augusta familia de los Borbones desterrada injustamente de España, y como solo vea esto y como solo esto podía ver en aquellas circunstancias, y quizá también en las circunstancias presentes, claro está que afirmaba un derecho incontrovertible, el derecho de los Borbones contra el hecho brutal de la revolución. Y si esto no es exacto, ¿cómo se explica que el Papa se niegue á resolver la cuestión jurídica que separa á doña Isabel de D. Carlos, y manifieste solo deseos fervientes porque esta cuestión acabe y se unan los miembros que pertenecen á la misma familia y reine aquel que cuente con más fuerzas para aniquilar la revolución y afianzar el imperio de la monarquía cristiana?

Por lo demás, es digno de llamar la atención que los moderados doblen la cabeza tan sumisamente ante una frase de una *carta particular* del Sumo Pontífice, y se resistan á condenar el liberalismo condenado por el Papa, no como hombre particular, sino como Papa. ¿En qué quedamos, señores moderados? ¿Es para vosotros infalible el Papa en sus cartas particulares, y no lo es cuando habla al mundo en asuntos de dogma y de moral? ¿Por qué, si es tal vuestro respeto y obediencia á las palabras del Papa, como individuo particular, os atreveis á llamarlos liberales después de haber condenado el Papa, como Papa, el liberalismo, el progreso y la civilización moderna? Si eso que haceis no es fariseísmo puro, ¿qué se entenderá por fariseísmo?

Después de escritas las anteriores líneas, vemos en un periódico la siguiente noticia:

«Pío IX ha dirigido una carta á doña Isabel de Borbon, manifestándole que pedía á Dios la volviera al trono que de derecho le pertenecía. Los carlistas niegan el contenido de esa carta y han reclamado su publicación, para si se confirma renunciar á la defensa del titulado duque de Madrid, porque no quieren oponerse á la opinión emitida por Su Santidad. Parece que sobre este asunto han celebrado una importante conferencia varios personajes carlistas.»

No hay tal conferencia. En cuanto á la conducta que piensan seguir los carlistas, la contestación que damos á *El Eco de España* prueba que no se alterará en un ápice, por más esfuerzos que hagan los moderados para convertir á doña Isabel en *carlista*.

Los dos señores unionistas que formaban parte de la comisión que dió dictamen acerca del proyecto de ley sobre bonos, y votaron la enmienda del Sr. Silvela, han debido quedar muy agradecidos á *La Política*. Habiendo extrañado los diarios radicales que los Sres. García Gomez y Ruiz Capdepon hubiesen suscrito el dictamen y votasen la enmienda que lo destruía, explica *La Política* la conducta de ambos señores, diciendo «que el proyecto, bajo formas poco alarmantes á primera vista, ocultaba un ataque á la propiedad particular, una usurpación de atribuciones á los ayuntamientos y diputaciones provinciales, otra usurpación de atribuciones á las Cortes, operaciones ruinosas que iban á comprometer riquísimas propiedades de Estado, violación de contratos y trasgresiones de leyes; y que solo después que las eminencias del partido unionista abrieron esa nueva caja de Pandora, vieron García Gomez y Capdepon los males que encerraba.

De consiguiente, conste por confesión de *La Política* que sus dos amigos no han visto un ataque á la propiedad privada, usurpación de atribuciones á los ayuntamientos, á las diputaciones y á las Cortes, operaciones ruinosas, violación de contratos y trasgresiones de leyes en un proyecto que cuenta solo siete artículos.

Hé aquí una escentricidad, una extravagancia de *La Política* que nos hace gracia, y nos la hace mayor al notar que el diario unionista habla con formalidad y no deja entrever siquiera la ironía.

Sólo nos ha chocado que *La Política* no acabe la defensa de sus amigos pidiendo que por precaución se les señale un par de lazarillos.

El lenguaje guerrero, procaz y hasta insolente de los diarios radicales contrasta desde el sábado con el pacífico moderado y humilde de que hacen alarde los diarios unionistas. Aquellos se felicitan de que la conciliación se haya roto, estos sostienen con rigor que la conciliación subsiste; los unos dan con regocijo cuantas noticias de dimisiones circulan, los otros las dan, pero con la pena que causa perder un alto puesto á duras penas alcanzado; los primeros anunciaban la discusión inmediata de los proyectos de ley más combatidos por la union liberal,

y los segundos no tienen ni el valor de darse por ofendidos, y se callan como muertos. ¿Qué es esto? ¿Es acaso impotencia? ¿Es por ventura cálculo? De todo puede haber en el negocio. Pronto hemos de verlo claramente, por que las cosas no pueden permanecer así por mucho tiempo. Si no hubiese dimisiones de por medio, diríamos que estamos presenciando la farsa más ridícula que hasta ahora han representado los partidos liberales.

Los diarios radicales dicen que los carlistas han turbado ayer el orden en Caudete, provincia de Albacete.

La Guardia civil hizo fuego contra los carlistas, según unos periódicos. Según otros, los voluntarios de la libertad de Bienarri batieron á los insurgentes haciéndoles 19 prisioneros con armas y otros efectos. Por último, no falta periódico ministerial que asegure que el motín de Caudete ha tenido poca importancia, habiéndose retirado ya la fuerza que allí había ido á restablecer el orden.

Verdad es que el diario que esto escribe habla en cambio de agitación en Sigüenza para cuyo punto ha salido el gobernador de la provincia.

En resumen: que hace falta ruido y no se sabe cómo meterlo. Ténganlo entendido los carlistas y no den por el gusto á los revolucionarios.

Una errata singular: *La Iberia*, periódico de Sagasta, pone hoy á la cabeza de su artículo de fondo esta palabra: *Oficial*, en vez de poner: *Política*.

Ya sabíamos que los periódicos ministeriales eran como las gacetas confidenciales del Gobierno, pero faltaba que un cajista atrevido diese publicidad á este hecho.

Visto que la parte oficial de *La Iberia* está en sus artículos de fondo, prometemos seriamente leerlos con menos interés que nunca.

La Igualdad asegura que viene la solución de la crisis en que se encuentra el país, y viene muy pronto á pesar del Gobierno que carece de pensamiento y de sistema, y de las Cortes que pierden el tiempo en disertaciones estériles y en tomar acuerdos ineficaces.

Esa solución, según el diario republicano, será sangrienta y terrible, porque ya no hay fuerzas humanas que puedan contener el sacudimiento de los partidos dispuestos á acabar de una vez con el estado de angustia y de incertidumbre en que nos hallamos.

Otro de los caracteres de la solución que vé *La Igualdad* es que, lejos de ser definitiva, será transitoria. Y sin embargo *La Igualdad* cree que la crisis tiene que resolverse por medio de la república.

¿Será transitoria la república? Nadie que conozca un poco el país en que vivimos puede dudar de la efímera y desgraciada vida que tendría la república. En España no hay republicanos; no hay más que liberales y carlistas; liberales divididos, por razón de sus mismas doctrinas disolventes, en mil y una fracciones, como el protestantismo en mil y una sectas: carlistas unidos y compactos que oscurecen todas sus flaquezas personales con una adhesión profunda á los principios verdaderos y una disciplina admirable de que no hay ejemplo en la historia de los partidos políticos españoles.

La república, pues, si viene, será un relámpago, será un rayo que abrasará cuanto toque, pero desaparecerá para no volver jamás.

Por eso, no conceptuando nosotros difícil el triunfo inmediato de una república militar, entiéndase bien, porque civil es de todo punto imposible, creemos firmemente además que en pos de la república, si el partido carlista está bien preparado, su advenimiento es inevitable como el único capaz de ejercer por breve tiempo la dictadura legítima, necesaria después de un periodo de descomposición y de anarquía.

Para que el Sr. Rivero se cure de la manía de contestar á cuantos se quejen de que las autoridades atropellan á honrados y pacíficos ciudadanos, ó no los protegen en el ejercicio de sus derechos, conviene que lea las siguientes líneas de *El Puente de Alcolea*:

«A más del deseo de que la magistratura española se elve, como hemos dicho, á la altura á que es acreedora, para que obtenga la consideración debida, creemos también que el Gobierno cumple un alto deber separando de aquellos cargos á todos los magistrados que le son desafectos, y que más ó menos ostensiblemente se oponen á la marcha revolucionaria que reclama la situación; y al obrar así, debe rodearse también el Gobierno de magistrados que estén identificados con la marcha de la revolución, porque todo lo que no sea dirigido á un mismo fin y dar homogeneidad á la política, será entorpecimiento y atentado contra ella.»

Queremos prescindir de la honra, de la vida, de los intereses, puestos á cada paso á merced de los tribunales, y nos limitamos á considerar á los jueces en su carácter político, esto es, como encargados del cumplimiento exacto de la Constitución del Estado. Diganos *El Puente de Alcolea*, ¿es posible que siguiendo sus consejos el Gobierno, sean los tribunales el amparo del débil? Si los tribunales son revolucionarios, ¿cómo

han de castigar los excesos revolucionarios? ¿cómo han de ser juez y parte?

Un poco más de decoro político, señores radicales, porque hay varios *polaquismos*, y ninguno tan odioso como el que impera en la España regenerada.

El Imparcial, lleno de hiel contra los unionistas, dice que se va á empezar una política franca, desembarazada y radical; y no sabemos si para probar su aserto ó para excitar á que el Gobierno lo pruebe, anuncia que inmediatamente va á ser presentado á las Cortes el proyecto de ley sobre matrimonio civil.

Ya nos anunció días pasados el mismo periódico que ahora iban á salir del escondite en que están todos los proyectos de ley revolucionarios que, por culpa de la union liberal, dormían el sueño de los justos.

Es decir que el rompimiento se consuma. ¡Qué felicidad! Lástima que *El Parcial* no sea un periódico autorizado para hacernos creer en esa inundación con que nos amenaza.

Lo peor es que todo ello se convertirá en agua de cerrejas y que la conciliación, mal que bien, volverá á amasarse con la sabrosísima salsa del presupuesto. ¡Por supuesto!

Es notable la rabia anti-conciliadora de *El Imparcial*. ¡Pues no se atreve á decir que el domingo bajaron los fondos públicos porque corrió entre los bolistas el rumor de que la conciliación se había reanudado! ¡Pues no añade que ayer se cerraron con firmeza los valores porque se dijo lo contrario!

Travesura como la de *El Imparcial* no existe. ¡Después de haber saltado con pasmosa agilidad del unionismo á la democracia, quiere ahora interesar los fondos públicos en la entrada de Martos en el ministerio!... ¡Qué horror!

La Correspondencia dice que en la Tertulia progresista se advirtió cierta *satisfacción* por el rompimiento de la conciliación.

Y contesta el incomparable órgano de los cimbríos:

«No es precisamente inexacta la afirmación del colega, pero está mal expresada. En vez de cierta satisfacción, el colega ha querido decir *satisfacción* cierta.»

Suponemos que *La Correspondencia* no llevará á mal que *desmontásemos* un poco su estilo.

El Universal anuncia que hoy serán presentados á la Tertulia progresista sesenta diputados radicales. Al pronto, se nos ocurrió si serían sesenta cimbríos, pero nos hemos acordado de que no los hay en toda España. De todos modos, con un refuerzo nada menos que de treinta pares, la Tertulia podrá hacer andar á su gusto el carro de la revolución.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre la carta de nuestro corresponsal de Vitoria que insertamos al pie de estas líneas. El Gobierno tiene el deber de evitar á toda costa esas provocaciones escandalosas que pueden el día de mañana ocasionar graves conflictos. La paciencia se acaba, y por más respeto que se tenga á la ley, apenas hay hombre con virtud suficiente para sufrir resignado el ludibrio de cuatro atrevidos, que cuentan, si no con el apoyo material en las autoridades, con la impunidad más completa.

Buena ocasión tiene el Sr. Rivero de dar una prueba solemne de su respeto á los derechos individuales. Infórmese de los sucesos de Vitoria, y si como parece las autoridades han consentido aquellos escándalos, sométalos á los tribunales. Si esto no se hace ni los abusos se corrigen, mañana podrán ocurrir desgracias en Vitoria ó otra parte, pero la responsabilidad caerá sobre quien advertido á tiempo no quiso evitárlas.

Dice así nuestro corresponsal:

VITORIA, 18 de Marzo de 1870.—No es posible que haya en España un pueblo más pacífico que Vitoria. A pesar de ser carlista en sus siete octavas partes, su índole propia y los hábitos de obediencia, que son privilegio casi exclusivo de los pueblos que saben ser libres, le mantienen sumiso y subordinado.

La autoridad civil publica un bando (y qué bando!) para que no gaste boina blanca ni lleve garrote, y el garrote y la boina blanca desaparecen como por encanto. No se registra un solo acto de resistencia á esta medida con que el gobernador ha medido las costillas á los derechos individuales.

Llega hace poco tiempo el batallón de cazadores de Barcelona, y como si todo el país estuviera alzado en armas por Carlos VII, el señor Alende Salazar lo reúne en la plaza y le echa una arenga *coram populo*, en la que viene á decir en sustancia y en apariencia que el duque de Madrid y los carlistas son unos imbéciles, y los Caras unos bribones. Este insulto gratuito á la opinión de la mayoría de la población, fué, como otros tantos, devorado en silencio, y no produjo ni una sola protesta.

Pero esto no bastaba, y antes de ayer Vitoria ha presenciado con asombro una agresión escandalosa y de todo punto inmotivada, que ha estado á punto de provocar un conflicto.

Dos docenas (aquí los patriotas no se cuentan por centurias) de liberales, quisieron celebrar el aniversario de una supuesta tentativa frustrada de Zúmaracárrregui para apoderarse de Vitoria, y salieron á los pueblos del contorno á celebrar el soñado triunfo, según su costumbre tradicional; esto es, comiendo y bebiendo.

El pueblo los dejó ir tranquilamente y los vio volver con la misma indiferencia. Todo hacía, pues, presumir que el día se pasaría tranquilamente.

Pero hé aquí que á las diez de la noche al general se le ocurre cederles la música del regimiento para que ellos á su vez den una serenata á los carlistas. Una autoridad del antiguo régimen ó no hubiera dado la música ó lo habría hecho con recomendación expresa de que se abstuviesen de toda provocación; pero el Sr. Alende Salazar ó no se tomó ese trabajo ó fué en balde.

Un pueblo de costumbres patriarcales como esta no gusta mucho de que le roben el sueño; pero por lo visto el derecho individual que nosotros tenemos de dormir se halla limitado por el derecho que tiene el Sr. Alende Salazar de despertarnos á todas horas con el trágala.

Esta fué, como era de rigor, la prudente tócate que hizo el gasto de la manifestación y en la que se leció la música del regimiento de Zaragoza obligada de cuando en cuando por la primera autoridad militar á convertirse en murga patriótica.

Pase lo del trágala: repito á Vd. que este pueblo es pacífico y en punto á música se traga hasta el trágala. Pero algo más era preciso que tragásemos aquella noche y para algo se había dado carta blanca á los patriotas.

La manifestación se instaló debajo del casino carlista y al trágala, como es natural, siguió el obligado acompañamiento de insultos y de mueras.

Era ya un poco tarde y la mayor parte de los concurrentes al casino se había retirado á su casa: los pocos que quedaban se mantuvieron tranquilos, cediendo á las apremiantes instancias de alguno de los presentes.

Entre tanto el bullicio en la calle seguía en aumento: la prudencia ha tenido siempre el privilegio de irritar cierto género de temperamentos. ¡Arrojárlas por el balcón! decían algunos: ¡Mueras! gritaban otros.

Por fin, unos cuantos, entre los cuales tuvimos el sentimiento de ver algunos oficiales que al efecto se habían hecho traer sus espadas, subieron a la escalera y llegaron á la puerta del casino; pero al encontrar esta cerrada, tuvieron por conveniente retirarse.

Esta escandalosa escena que se prolongó por bastante tiempo, tenía lugar á diez ó doce metros de distancia del gobierno civil y de la casa del capitán general; de modo que se puede decir que ha sido presidida por la autoridad.

Cuando los alborotadores se convencieron de que los carlistas se hallaban resueltos á no responder á sus provocaciones, siguieron su marcha triunfal precedidos de la música y fueron á gritar debajo de los balcones de los Sres. Verástegui y Uranga, á quienes sus ochenta y tantos años no les ha dado todavía el privilegio de dormir tranquilos.

Este breve relato de los hechos no deja de prestarse á tristes reflexiones. Por de pronto la intervención en ellos de algunos, aunque pocos, oficiales de la guarnición, los revisten de una gravedad especial: lo natural era que á estos militares se les formase causa; pero aquí nos contentamos con que no se les premie.

En otro caso no habría necesidad de tomar declaraciones, pues el general ha podido oírlos y verlos desde los balcones de su casa.

No culpó á los patriotas promovedores de este escándalo. Con semejantes apoyos ningún partido popular, por escaso que sea, desperdicia la ocasión de armar ruido y vejear á sus adversarios. Pero después de todo los carlistas son hombres: entre ellos hay mucha juventud, y si mañana sobreviene un conflicto, no sé yo por qué razón este pacífico y honrado vecindario ha de sufrir las consecuencias de tener dos autoridades que entienden su misión de tan singular manera y que parece han venido, no á garantizar el reposo y la seguridad de los ciudadanos, sino á servir los rencores de la revolución.

P. D. Hallándome colocado á cierta distancia de la manifestación, por razones que Vds. comprenderán, ignoro si entre los individuos que en ademan hostil subieron las escaleras del casino se hallaban ó no los oficiales que he mencionado.

Se me asegura que el alcalde, que aunque de opiniones liberales es hombre de buenos deseos, subió al casino durante la manifestación á tranquilizar y aconsejar la calma á los pocos carlistas que en él se encontraban. También ha sido él, á lo que parece, el que rechazó el grupo que quiso penetrar violentamente en el casino.

Las Provincias, periódico liberal de Valencia, después de dar noticia de la inauguración del Casino carlista en aquella hermosa ciudad, aplaude que se repartieran con tal motivo mil quinientas raciones para los pobres.

Dice también que durante la inauguración del Casino, algunos libros prorrumpieron en silbidos desde la calle y entonaron la Marsellesa.

En todas partes son igualmente cultos y tolerantes los patriotas.

CORREO DE HOY.

Al recibir el Papa á los Sacerdotes encargados de predicar la Cuaresma en Roma, pronunció la siguiente alocución que transmite un corresponsal del *Univers*:

«Hace veinticuatro años que tengo el placer de bendecir á los reverendos Párrocos de Roma y á los varones apostólicos encargados de predicar la Cuaresma. De estos veinticuatro años hay que exceptuar, sin embargo los de 1849 y 50, durante los cuales, por razones que os son bien conocidas y que el mundo no ignora, nos tuvimos que soportar las tribulaciones del destierro.»

Los tiempos en que sois llamados á esperar la palabra de Dios son críticos y las circunstancias solemnes. Numerosas causas de agitación trastornan el mundo y turban el sentido moral de los pueblos, por una consecuencia inevitable del desprecio de nuestra santa religión, de sus saludables enseñanzas y de su espíritu de caridad. Una de las causas más considerables es el lujo que invade todas las clases sociales, de tal manera, que casi nadie se mantiene hoy en la reserva natural á las diversas situaciones en que Dios ha colocado á los hombres.

Yo recuerdo que, siendo joven todavía, leí en un economista italiano la apología del lujo, en cuanto dá aliento á las artes y emulación á la industria. Parecíame que había en esto algo de verdad y una cosa que no debía desdeñarse; es decir, que relativamente al orden gerárquico de las diversas condiciones sociales, los que verdaderamente tienen superfluo, deben servirse de ello con discernimiento en bien de la civilización material y de las clases industriales, procurando darles lo necesario. Pero no es cosa fácil distinguir lo necesario y lo superfluo; y además, los tiempos han cambiado mucho, y es grande la diferencia entre esta época y aquella en que yo leí esto.

Hoy el mundo está invadido por una falsa idea de igualdad, la cual, por odio al orden social, no solo combate el respeto y la sumisión impuestos á los inferiores respecto á sus superiores, sino que quiere suprimir la moralidad y la temperancia de la vida, esto es, lo que fué en todos los tiempos la doble garantía de la moral privada y del orden público.

Todo el mundo ambiciona hoy parecer ó ser más que lo que es; y este exceso del orgullo humano, unido á un amor desahogado de los gozos materiales, es la causa de tantos desórdenes y corrupción como vemos, así en la vida privada como en la pública. Es necesario, pues, combatir

abiertamente este enemigo de la paz y de las virtudes cristianas, y para ello debeis esparcir en el alma del pueblo la santa humildad, fundamento de toda virtud.

En verdad, tenéis en Roma, Dios sea bendito, un pueblo que está, en su inmensa mayoría, instruido en el temor del Señor, y yo espero que vuestra predicación alentará y afirmará su firme deseo de seguir las reglas de la honestidad y la prudencia, que son propias á una grey verdaderamente cristiana. Espero que añadiréis el ejemplo á la palabra, no solo en el ejercicio de las virtudes privadas que deben distinguirla al sacerdote católico, sino también muy especialmente en todo lo que se refiere al ejercicio público de los deberes del santo ministerio.

Tened siempre presentes las palabras de San Gregorio el Grande de su tratado de *Ministerio pastoral*, donde dice que el Sacerdote debe ser *in cogitatione mundus*, es decir, de sincero corazón y espíritu recto; *in actione precipuus*, es decir, atento y exacto en el cumplimiento de sus altos deberes; *in silentio discretus*, *in verbo utilis*, *in meditatione suspensus*. Comenzad, sobre todas las cosas, con recogeros ante Dios, á fin de templar vuestras armas para el combate en la oración y meditación. Preparad vuestro espíritu, disponedle en este ejercicio como un campeón de la verdad, para que no se os pueda apicar esta queja del Rey-Profeeta: *Non est qui regillet corda*.

Procurad también deshechar toda palabra inútil, para no decir nada que no importe á la gloria de Dios. Predicad verdadera y únicamente á Jesucristo, á Jesús Crucificado. Tened presente en vuestro espíritu esta regla de prudencia: *Tempus est idendi et tempus loquendi*; pero no, no creáis por esto que es preciso seguir las insinuaciones de la prudencia carnal. Porque vivimos en una época en que es más necesario nunca dar testimonio de la verdad, proclamándola valerosamente á todas horas, en todo lugar, toda entera. Hoy, como siempre, el divino Espíritu, será vuestra guía en esta senda difícil.

Y ahora, mis queridos hijos, reflexionando en estas exhortaciones que os dirijo, no puedo haceros sin preguntarme y decir con el mismo San Gregorio. Y ¿yo; hoy verdaderamente el ejemplo de las virtudes que predico? Oremos á Dios para que nos conceda su gracia, y que él os bendiga como yo os bendigo en su santísimo nombre. *Benedictio Dei etc.*

Dice un telegrama de Roma:

«Se anuncia la próxima llegada de un enviado confidencial de Aali-Bajá, encargado de obtener las concesiones propias á calmar la efervescencia producida entre los armenios y caldeos.

Todavía no ha respondido la Santa Sede al despacho del conde Darú.

Se cree que la ausencia del marqués de Banneville y que hasta su vuelta no se discutirá el *Sistema de Bolesta*».

La Correspondencia general de Viena da la siguiente noticia:

«Telegrafan de Roma una noticia que causará sensación en Hungría. El primado de Hungría, reverendo Sr. Simor, Arzobispo de Gran, ha salido de la minoría de los Padres del Concilio, uniéndose á los infalibilistas.»

Con extrañeza habíamos visto figurar al primado de Hungría entre los católicos-liberales. La historia de este Prelado le hacía suponer completamente adherido á las doctrinas romanas.

El cabildo y Clero de la diócesis de Valencia de Francia, ha dirigido un mensaje al Papa, pidiendo la definición de la infalibilidad. Lo mismo ha hecho el Clero de Coté-S.-André, diócesis de Grenoble, cuyo Obispo es de las mismas ideas que el Reverendo señor Dupanloup.

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

En la sesión de hoy, dos señores diputados han pedido conste su voto conforme con el de la mayoría en la votación del sábado.

Puesto á discusión el dictamen de la comisión de asuntos relativo á las de Segovia, proponiendo la admisión del Sr. De Blas, el Sr. Vinader pronunció un discurso nutrido de datos que prueba los abusos cometidos por las autoridades y por sus agentes para dar el triunfo á dicho candidato en perjuicio del carlista, que evidentemente hubiera obtenido una gran mayoría si hubiera habido verdadera libertad para emitir el sufragio.

Como prueba de los abusos allí cometidos da lectura de una circular del gobernador en que amenaza á los electores que recomiendan al candidato carlista. También da lectura de otro documento firmado por el vicepresidente de la Diputación y el alcalde de Segovia en que se recomienda al Sr. De Blas, por ser persona que podrá con facilidad obtener subvenciones para el ferrocarril de la provincia.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra.)

Tours, 21.—Ha empezado hoy la vista del proceso Bonaparte en medio de una afluencia considerable de curiosos. El presidente ha pronunciado un discurso diciendo que en Francia se manifiestan cada día más en las costumbres y las leyes los principios de libertad y de igualdad. El acusado, compareciendo delante del jurado del país, es una prueba de la verdad de esta declaración.

Ha aconsejado á los individuos del jurado de apartarse en esta circunstancia de toda opinión política para que el fallo que recaerá en este proceso sea la verdadera manifestación de una opinión concienzuda y emitida sin preocupaciones de ninguna especie.

París, 21.—El Consejo de ministros presidido hoy por el emperador se ha ocupado sólo de la cuestión de Roma.

Tours, 22.—Hoy á las doce seguirá la vista del proceso Bonaparte. Ayer fueron interrogados el principio, Ulric de Ponvielle y Pascual Grousset. Habiendo el presidente preguntado á este último si tenía algunas relaciones de parentesco con el acusado, Grousset contestó: ¿cómo quiere Vd. que yo sea pariente de este hombre!

Habiendo añadido algunas otras palabras insultantes contra Bonaparte, el presidente dijo: ¡gendarmes, que saiga el testigo de la sala, lívense! ¡Vd. y esta orden se cumplió en medio de una grandísima agitación.

BOLSA DE HOY.

Títulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 24-15, 24-00 y 05; pequeños, 24-50, 25 00 y 24-40; á plazo, 23-90, 24-00, 24 05, 10, 15 y 05, fin cor. fr.; 24-20 fin próx. fr.; 24-05 fin cor. vol.

Obligaciones generales por ferro-carriles, de 2,000 rs., no publicado, 44-40.

Acciones del Banco de España, no publicado, 129 00, p.

